

Lectio Brevis 2012. Legado y desafíos de una tradición educativa: aumento y cultivo de virtudes

Reynoso Bolaños, Arturo

2015-04-08

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/858>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Legado y desafíos de una tradición educativa: aumento y cultivo de virtudes.

Maestro David Fernández, rector de la Universidad Iberoamericana plantel Puebla, doctor Gonzalo Inguanzo, Director General Académico de esta Universidad, Lic. Noé Castillo Alarcón, Director General del Medio Universitario, alumnos, profesores y personal administrativo de esta comunidad universitaria. Buenos días a todos ustedes.

Agradezco a la Universidad Iberoamericana Puebla por la invitación para participar en esta breve lección con la que esta Casa de Estudios abre formalmente el nuevo curso escolar.

La ciudad de Puebla ha sido durante bastantes años un lugar muy importante en la labor que la Compañía de Jesús ha realizado en nuestro país. La Angelópolis ha sido testigo de los esfuerzos del misterio educativo que muchos jesuitas han venido realizando desde hace casi 440 años. La presencia y el paso por esta ciudad de varios de estos religiosos, así como el trabajo de muchas otras personas que han contribuido con ellos, han logrado establecer una auténtica tradición jesuítica en la misión educativa, “tradición” y “misión” que la Universidad Iberoamericana durante casi 3 décadas ha heredado para retomarla, valorarla, aprovecharla y seguirla recreando según las circunstancias, oportunidades y necesidades de nuestro entorno social, cultural, académico, político y religioso.

Considero importante en este momento de la vida de la Universidad, así como por la situación que vivimos en nuestro país, que en esta ocasión podamos redimensionar y tener clara conciencia del valor y, al mismo tiempo, de los compromisos -desafíos- que esta tradición educativa nos presenta. Para esto creo indispensable echar una breve mirada a los orígenes de esta herencia nacida en la primera mitad del siglo XVI, allá por el año de 1540, cuando se fundaba la Compañía de Jesús. Espero que esta mirada al pasado nos ayude también a vislumbrar las características del espíritu que ha impulsado esta labor educativa que la Universidad Iberoamericana hoy prosigue y recrea con gran seriedad y compromiso. En un primer momento retomaré algunos detalles de ciertas circunstancias que llevaron a Ignacio de Loyola y a sus primeros compañeros a contemplar el ministerio educativo como parte de su misión apostólica. Después hablaré de los inicios de esta misión de los jesuitas en tierras mexicanas y, en particular, en la ciudad de Puebla. Posteriormente mencionaré algunos casos que nos ayuden a ver los frutos de este trabajo, en particular el de un hombre ilustre de nuestra nación que se formó en los establecimientos jesuíticos de Puebla, me

refiero a Francisco Xavier Clavigero. Con base de estas historias, al final resaltaré la interacción fundamental entre conocimientos y virtudes que inspira el espíritu ignaciano.

1. Cuando Ignacio de Loyola y sus primeros compañeros llegaron por primera vez a Roma en 1538 el futuro de este grupo, unido por la amistad y por los votos que habían pronunciado cuatro años antes en Montmartre, es muy incierto. El tiempo de espera de un año que habían acordado para embarcarse de Venecia a Jerusalén -lugar en el que pretendían vivir y misionar el resto de sus vidas- concluía en mayo de 1538. Al no concretarse este viaje quedaba el otro camino que también previeron desde París: ponerse a las órdenes del sumo pontífice para que éste los enviara a misionar donde juzgara conveniente. Así lo hicieron en noviembre de ese año. En un principio, al Papa le pareció bien que Loyola y sus compañeros permanecieran en Roma, pero en marzo de 1539 pidió que algunos de ellos fueran a otros lugares a ofrecer su servicio apostólico. Por otra parte, su estilo de vida empezaba a atraer candidatos interesados en unirse al grupo, y ante la inminencia de comenzar a disgregarse iniciaron una serie de discusiones para determinar una fórmula que los mantuviera unidos en la dispersión. En junio de 1539 concluyeron sus deliberaciones en las que acordaron conformar una nueva orden religiosa, la Compañía de Jesús, la cual fue aprobada oficialmente por Paulo III el 27 de septiembre de 1540 en la Bula *Regimini Militantis Ecclesiae*.¹

Ante la necesidad de incrementar el número de miembros del nuevo instituto religioso, dadas las peticiones de su presencia en varios sitios, el pequeño "círculo de fundadores" se cuestionó por las cualidades y actitudes que deberían tener aquellos que solicitaban su ingreso a la naciente Orden religiosa. Como señala la historiadora Luce Giard, el grupo fundador de la Compañía de Jesús deseaba que los que llegaran a tocar sus puertas fueran miembros "a su imagen y semejanza", es decir, "hombres formados que hubiesen concluido sus estudios universitarios, instruidos, probados, competentes". Pero tales sujetos no eran fáciles de atraer ni de encontrar y los que solicitaban unirse al proyecto encabezado por Ignacio de Loyola "eran postulantes sin experiencia ni formación, pero eso sí, llenos de ardor y de celo".² Las estructuras formativas para los nuevos miembros de la Compañía de Jesús, se fueron instaurando prácticamente a la par de los colegios para estudiantes interesados en el modelo de formación que los jesuitas iban desarrollando con sus miembros más jóvenes. Así, fue el tipo de formación que los jesuitas comenzaron a desarrollar con los candidatos a la

¹ RAVIER, André, *Ignacio de Loyola funda la Compañía de Jesús*, Obra Nacional de la Buena Prensa, México, 1991, pp. 68-99.

² GIARD, Luce, "Orígenes de la enseñanza jesuita", en *Artes de México, colegios jesuitas*, No. 58, México, 2001, p. 30.

orden lo que atrajo la atención de jóvenes y no tan jóvenes que, si bien no pretendían abrazar la vida religiosa, sí deseaban recibir una formación similar.

Poco a poco se hicieron algunos intentos en algunas casas de formación para jesuitas, como las de Goa (en las Indias orientales) y Gandía (en España), de admitir a algunos estudiantes externos. Fue hasta 1548 que se establece formalmente en Mesina -en la isla Sicilia- el primer centro educativo dirigido por jesuitas pero dedicado a alumnos externos, no jesuitas. Si bien la Compañía de Jesús fue la primera institución religiosa de la Iglesia Católica que abordó la educación formal como "un ministerio de primer orden" (O'Malley, 33), valga señalar que este trabajo no se contempla específicamente en el documento fundador de la Orden, la llamada "Fórmula del Instituto" del año 1540. En este documento se dice que la Compañía de Jesús se funda para la "defensa y propagación de la fe" y "el progreso de las almas en la vida y doctrina cristiana".

Por "alma" los jesuitas entendían la persona íntegra, por lo que no obstante la brevedad de la "Fórmula del Instituto", ésta posibilitaba una amplia gama de maneras de ayudar a las demás. Esta apertura de ministerios en vistas de ayudar a "las almas" implicaba que los jesuitas debían también tener apertura para desarrollar su servicio, tanto en el tipo como en los destinatarios. Los jesuitas estaban llamados a no ser "rígidos" sino flexibles, sabiendo adaptar sus ministerios dependiendo de tiempos, lugares y personas. Pero eso sí, se insistía en que esta apertura y flexibilidad debían ser resultado del buen juicio y la prudencia, esto se exigía a los aspirantes a la orden, lo que en la historia a veces se logró con buenos resultados, otras veces no tanto. Por eso en 1550, Juan Alfonso de Polanco, secretario de Ignacio de Loyola, escribía por encargo del fundador una carta con 16 cualidades deseables en los candidatos a la Compañía, entre las que insistía que los sujetos que pretendían entrar a la Orden debían tener o mostrar flexibilidad en el juicio tanto especulativo como en el práctico porque los "duros de cabeza" no eran aptos para la Compañía (Polanco, Co., 2: 729-730).

Ahora bien, este mismo espíritu de apertura y flexibilidad era el que se pretendía inculcar a los alumnos de los centros educativos de la Compañía, espíritu -en el fondo- de discernimiento, de saber conocer e interpretar la realidad para tomar decisiones con base en las necesidades de la misma realidad, del ser humano, con base en el cariño por los demás, con base -a final de cuentas- en la libertad. Asimismo, siendo fieles a ese espíritu de apertura, el mismo Polanco en 1551 escribía también por encargo de Ignacio varias cartas referentes a los establecimientos educativos en los que dejaba claro que "ante

todo", en las clases se debía aceptar "a todo el mundo, pobres y ricos, gratis y por caridad, sin aceptar remuneración alguna" (O'Malley, 256).

Inspirados en estas disposiciones y con un sistema de comunicación interna que reportaba logros y fracasos obtenidos en las instituciones educativas que se iban estableciendo, los jesuitas -después de 51 años de que se fundara el primer colegio en Mesina- formularon un plan de estudios, el *Ratio Studiorum*, que se publicó oficialmente en 1599. Este *Ratio Studiorum* insistía constantemente en la relación-comunicación, cercanía- experiencia, convivencia-diálogo del rector con sus profesores, de sus profesores con sus alumnos. Y subrayaba que esta relación estuviera basada en la caridad, procurando poner todas las condiciones para que los maestros realizaran su labor lo mejor posible (Reglas del rector, N. 20). Invitaba al rector a exhortar, él u otro, constantemente a sus profesores; a los maestros pide permanecer en el colegio después de su curso sólo para permitir el encuentro con los alumnos y, de vez en cuando, pedir razón de las lecciones (Reglas comunes a todos los profesores, N. 11). Se exhortaba a los profesores a ser cordiales, a no despreciar a nadie: "mire por los estudios de los ricos como por los de los pobres; y procure especialmente el adelanto de cada uno de sus escolares". Asimismo advertía de la apertura y adecuación a las situaciones y personas: "la caridad prudente, dice la *Ratio*, exige que los nuestros se acomoden a aquellos con quienes tratan". De los alumnos se esperaba todo: ingenio, estudio, esfuerzo, criterio, flexibilidad, entrega y sensibilidad. Como hoy se dice en los colegios y universidades a cargo de la Compañía de Jesús, se esperaba que estos estudiantes fueran seres humanos para los demás, no los mejores del mundo pero sí los mejores para nuestro mundo -como indicó en referencia a los actuales estudiantes de universidades jesuitas el padre Adolfo Nicolás, Superior General de los jesuitas, en su visita a nuestro país hace poco más de dos años.

Con el pasar del tiempo se fueron abriendo más colegios, seminarios y universidades. En 1773, año de la supresión de la Compañía de Jesús, los jesuitas contaban con más de 800 centros educativos repartidos por el mundo, 26 de ellos en nuestro país, y de esos, cinco se establecieron en Puebla.

2. Sabemos que los primeros jesuitas llegaron a nuestro país el 9 de septiembre de 1572. Camino a la Ciudad de México pasaron por Puebla el 21 de ese mismo mes. Era un grupo de 15 religiosos bajo las órdenes del padre Pedro Sánchez. Al llegar a la capital del virreinato los jesuitas comenzaron sus actividades enseñando el catecismo. Por instrucciones del Superior General que los había enviado a nuestro país, San Francisco de Borja, el padre Sánchez debía esperar un tiempo -unos dos años- antes de fundar algún colegio. Sánchez hizo

caso, aunque un poco a medias, pues si no fundó en ese tiempo un colegio, sí se embarca en la tarea de construir un internado para niños y jóvenes de la ciudad con el nombre de San Pedro y San Pablo en los que algunos jesuitas estaban a cargo de asesorarlos espiritual y académicamente. A los pocos años este internado se fusionó con otros tres para constituir el colegio-seminario de San Ildefonso y fue el Colegio Máximo Mexicano de los jesuitas el que años después adoptaría la advocación de San Pedro y San Pablo. Fue en el Colegio Máximo Mexicano donde los jesuitas abrieron los cursos de gramática en 1574, y en 1575 los de filosofía.

Tres años después, en 1578, los jesuitas llegaron para establecerse en esta ciudad de Puebla. Quien les había dado hospedaje seis años antes en su viaje hacia México, don Alonso Gutiérrez Pacheco, les vendió, no les regaló, unos terrenos cerca del centro de la ciudad en 9 mil pesos. Los jesuitas los compraron y entregaron al principio 6 mil pesos. Después se vieron en apuros y tuvieron que pedir limosna para pagar el resto de la deuda, pero no les fue tan bien pues sólo juntaron otros 500 pesos entre los vecinos. Su angustia fue tal que consideraron dejar la ciudad, pero finalmente pudieron conseguir lo que les faltaba. Al año, en 1579, comenzaron los primeros cursos de gramática bajo la dirección del padre Antonio del Rincón, probablemente –como indica el historiador Gerard Decorme– el único jesuita indígena en nuestro país durante la época virreinal. Sobre los hombros de este jesuita con sangre texcocana se cimentaron las labores educativas del primer colegio que los jesuitas tuvieron en Puebla, el colegio del Espíritu Santo que hoy conocemos como el *Edificio Carolino* que alberga la Universidad Autónoma de Puebla.

Al año siguiente (1580) se agregó al lado del colegio un internado-seminario llamado de San Jerónimo en el que residirían los estudiantes que cursaban sus estudios en el colegio del Espíritu Santo. Más de cuarenta años después, en 1625, se hizo la fundación de otro colegio, el de San Ildefonso, patrocinado por el obispo Ildefonso de la Mota. En este colegio se ofrecieron los cursos universitarios mayores de filosofía y teología. En el del Espíritu Santo se daban los de gramática, poesía y retórica. Ese mismo año de 1625 el virrey, marqués de Cerralvo, concedió que los cursos de filosofía y teología ofrecidos por el colegio de San Ildefonso de Puebla, sirviesen a los estudiantes para graduarse por esas mismas facultades en la Real y Pontificia Universidad de México.

A principios del siglo XVIII, entre 1701 y 1702, los jesuitas establecieron otro internado-seminario para albergar a los estudiantes que llevaban los cursos

mayores en el colegio de San Ildefonso. A este establecimiento se le llamó seminario de San Ignacio.

La última fundación educativa que los jesuitas establecieron en Puebla durante la época virreinal fue el colegio-seminario de San Francisco Xavier dedicado a la formación de niños indígenas. Este colegio quedó establecido definitivamente con todo y su capilla en 1751 y se procuraba enseñar a los indígenas las primeras letras y las “buenas costumbres”. Además, dos o tres jesuitas de este colegio debían salir a misionar cada año durante dos o tres meses, entre los naturales de las regiones aledañas a la ciudad. Según testimonios de aquella época, el templo de este seminario era uno de los más bellos que habían realizado los jesuitas en México.

3. Por las aulas de estos colegios pasaron alumnos y profesores que han llenado de orgullo a la historia académica y nacional de nuestro país. Personajes de aquella época como los poblanos Manuel de Iturriaga, Antonio López de Priego, Francisco Xavier Lazcano; otros como el tapatío Salvador Dávila y los veracruzanos Francisco Xavier Alegre y Francisco Xavier Clavigero.

Todos ellos, hombres de gran formación espiritual e intelectual, con sus aciertos y también con ciertas desventuras, contribuyeron a trazar desde templos, misiones, colegios y seminarios –incluidos los que se localizaban en esta ciudad– el semblante de una sociedad de rostros múltiples como la del virreinato novohispano, como la nuestra actualmente. El caso de Clavigero es emblemático. Es el único jesuita que hasta ahora el estado mexicano ha depositado sus restos en la rotonda de los hombres ilustres de nuestra patria. Nacido en Veracruz en 1731, Clavigero llega con su familia a Puebla siendo un niño de diez años, e inicia sus estudios de gramática y humanidades en el colegio del Espíritu Santo. Posteriormente cursa tres años de estudios mayores de filosofía y uno de teología en el colegio de San Ildefonso de esta ciudad, viviendo en el seminario de San Ignacio. Fue también en esta ciudad, en 1747, que realizando los Ejercicios Espirituales decide consagrar su vida como jesuita, entrando al noviciado de Tepetzotlán en 1748. Entre 1750 y 1751 pasa nuevamente por Puebla, ya como jesuita, para repasar sus estudios en filosofía. Ya ordenado sacerdote, vuelve a Puebla entre 1754 y 1755 para realizar su año de tercera probación. Es hasta 1762 que regresa por algunos meses a esta ciudad para realizar su ministerio con los niños indígenas del colegio-seminario de San Francisco Xavier. De aquí fue enviado a Morelia y posteriormente a Guadalajara en donde enseñaría la filosofía.

El 25 de junio de 1767, junto con todos sus compañeros jesuitas, Clavigero fue expulsado de su patria hacia el exilio por órdenes de su Majestad Católica

Carlos III. Fue en el exilio, en Bolonia, donde se dedicó al oficio de historiador de la nación mexicana. Con su obra más conocida, la *Historia Antigua de México*, refutó los escritos de algunos ilustrados europeos que consideraban a nuestro país y a nuestro continente como una tierra desdichada, degenerada, un “refugio de malhechores”, una tierra en la que la naturaleza se había portado mezquina y no generosa, y en donde sus pobladores degeneraban por el clima malsano por lo que sus capacidades físicas, intelectuales y espirituales andaban prácticamente por los suelos. Baste recordar lo que el francés George-Louis Leclerc, conde de Buffon, el naturalista más famoso y reconocido en la Europa del siglo XVIII, afirmaba sobre el hombre americano. Según este científico francés, el nativo de nuestro continente, cito textualmente,

[...] no era en sí mismo más que un animal de primer rango [...] una especie autómatas impotente, incapaz de servirse de la naturaleza o de favorecerla; está lo había tratado más como madrastra que como madre al negarle el sentimiento de amor y el vivo deseo de multiplicarse [...] el Salvaje del Nuevo Mundo [...] no tienen ninguna vivacidad, ninguna actividad en su alma; la actividad de su cuerpo se debe más a una necesidad que a un ejercicio o acto voluntario; quítenle el hambre y la sed y al mismo tiempo destruirán el principio activo de sus movimientos y permanecerá estúpidamente en reposo sobre sus piernas o recostado durante días eternos [...] [A estos hombres] se les ha negado el destello de fuego más precioso de la Naturaleza; les falta el ardor por su mujer y, por consecuencia, carecen de amor a sus semejantes: [...] aman muy poco a sus padres y a sus hijos.

Para Buffon y otros académicos y filósofos europeos, como Corneille de Pauw, los pueblos americanos eran pueblos con una historia malograda, fallida, pueblos con grandes defectos e incivilizados, incapaces de mostrar y ofrecer algo valioso a la historia de las civilizaciones. Clavigero respondió a estas opiniones exaltando al pueblo mexicano, refutando punto por punto estas afirmaciones con base en documentos, observaciones científicas y su propia experiencia entre los indígenas. Describió cuidadosamente la naturaleza mexicana y la presentó como una auténtica morada para el ser humano. Enmarcó la historia del pueblo mexicano en la gran marcha de la historia universal y resaltó los valores de la cultura y el indígena mexicanos. “Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos”, denunció Clavigero, “que cuando duraron de la racionalidad de los americanos” y con gran desvergüenza falsearon la realidad natural y denostaron las capacidades humanas de los pueblos indígenas. Seguramente, decía Clavigero con ironía, un sabio europeo como De Pauw, “desde Berlín ha visto tantas cosas en América que no ven sus mismos habitantes”.

Tanto en su enseñanza filosófica en nuestro país como en su oficio de historiador en el exilio, Clavigero fue un hombre que asumió el deber de inteligencia –la búsqueda y el descubrimiento de la verdad- con profunda decisión, como un compromiso surgido no sólo por el desafío de una disputa con eruditos europeos o por el impulso del sentimiento patriótico, sino también por una experiencia espiritual profunda, de apertura y de flexibilidad, una experiencia que le dio confianza para buscar la verdad en terrenos y sistemas diversos e incluso contrarios a sus propias convicciones. Este eminente antiguo alumno de los establecimientos educativos de Puebla, supo, -aun en las condiciones adversas del exilio, de la supresión de la Compañía y de un sector de la academia ilustrada europea- supo dirigir su mirada hacia el pasado de su nación, contribuyendo así a restaurar la dignidad y la esperanza de su patria: este personaje se configura así, como dice el libro del profeta Isaías (58,12), en "reparador de brechas, y restaurador de senderos frecuentados".

La obra y la actitud de Clavigero que acabamos de presentar de manera sucinta son unos de los tantos bienes de esa herencia que nos transmite la tradición educativa de la Compañía de Jesús en nuestro país, tradición que hoy, repito, retoma y va recreando la universidad a la que ustedes, directivos, profesores, personal administrativo, y alumnos, pertenecen. La adquisición y aumento de saberes alimentaron la virtud en Clavigero, virtud que se hizo palpable en la reparación de la verdad histórica y en la búsqueda de la justicia en la realidad y juicios de la historia. En este segundo aspecto, vemos que al recordar y constatar el estado deplorable de miseria y olvido en la que en su tiempo se encontraban sus compatriotas indígenas, Clavigero juzga que otro hubiera sido el desarrollo de la nación mexicana si se hubiera hecho el esfuerzo por construir "una sola e individua nación" entre vencedores y vencidos.³ De tal manera, su anhelo de la nación mestiza muestra como una de sus motivaciones principales el deseo de ver erradicada de su patria la situación de injusticia y miseria padecida por los indígenas.

4. Clavigero es un ejemplo del estudioso cuya adquisición de saberes y conocimientos estuvo en función del servicio al otro, en este caso, de los antiguos mexicanos. Esto nos muestra a un hombre culto y virtuoso, pues la virtud se enriquece no sólo en el amor a la patria sino en el deseo de justicia para los olvidados y sometidos de su tiempo.

Aumento de saberes y cultivo de virtudes, interacción que Clavigero encarnó pero que venía promulgándose siglos anteriores en aquella relación

³ *Ibid.*, libro VII, p. 300.

intrínseca entre educación y una vida recta popularizada desde mediados del siglo XIV por Petrarca, "el padre del humanismo". El mismo Ignacio de Loyola decidió estudiar a una edad avanzada para su época, alrededor de los 30 años, pues había determinado que esa era la mejor manera de prepararse para "ayudar a las almas". En gran medida, esta interacción entre el conocimiento y la virtud fue evidente para Loyola en aquella experiencia de claridad que tuvo en Manresa algún día entre marzo de 1522 y febrero de 1523. Ignacio contaba que yendo a una iglesia de la región, se sentó un poco con la cara hacia el río Cardoner, y fue allí sentado donde se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; no se trataba de alguna visión, dice Ignacio, sino de entender y conocer muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de las letras. Aquello fue una ilustración tan grande, afirmaba el santo, que todas las cosas le parecieron como nuevas. Fe y letras, ambas presentes, sin excluirse una a la otra, sin oposición ni contradicción, pero sin perder sus distinciones.

En gran medida, esta intuición de Ignacio de Loyola de la clara interacción entre la Fe y las letras, entre las virtudes y el conocimiento, ha querido estar presente en las obras educativas de la Compañía de Jesús para responder a los desafíos de la historia. Hace tres años, también en la ceremonia inaugural de los cursos de esta Universidad, el padre rector aquí presente deseaba a todos los alumnos que no concibieran su paso por la universidad "como un complicado videojuego del que tienen que ir aprendiendo una serie de mañas, de destrezas sólo para llegar al final y obtener un título", sino que esperaba que todos vivieran su paso por las aulas como "una experiencia extraordinariamente afortunada": que los alumnos de esta universidad, decía el padre David, "no sólo sean cerebros desarrollados sino también voluntad y corazón crecidos", lo que entiendo como una bella exhortación a integrar en sus vidas la gran interacción entre la adquisición de saberes y el cultivo de las virtudes.

Todos ustedes, alumnos, profesores, personal administrativo y autoridades de la Ibero Puebla son pues herederos de una riquísima tradición educativa, una tradición que hoy quiere seguir haciéndose vida y seguirse transmitiendo en y por cada uno de ustedes. El desafío del México actual es muy grande: globalización, desafíos tecnológicos, avances científicos, pero también - y sobre todo- pobreza, violencia y exclusión. El pueblo de México espera mucho de cada uno de ustedes, espera -finalmente- que sus conocimientos, su crecimiento intelectual vaya de la par de su crecimiento humano, espiritual, de su compromiso y, por supuesto, de su cariño hacia los demás.

Muchas gracias